

A la espera de la promesa

6.13—7.28

... para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma,... (6.18–19).

Puede que las más trágicas palabras de la Biblia sean las que pronunciaran los dos hombres que Jesús encontró en el camino a Emaús después de su resurrección (Lucas 24.13–24). Cuando estos hombres comenzaron a contarle a Jesús acerca de los eventos recientemente ocurridos en Jerusalén, sonaban como si todo su mundo se les hubiera derrumbado. Desesperado, uno de los hombres dijo: “Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel” (Lucas 24.21). Estas palabras se encuentran dentro de las más patéticas de toda la Biblia porque ellas representan a hombres cuyos sueños se les han desmoronado. Cuando a una persona se le priva de su esperanza, ello equivale a hacerle perder la razón por la cual seguir viviendo. Si estos hombres no hubieran oído las buenas nuevas de la resurrección, el siguiente paso que hubieran dado, hubiera sido el de rendirse y no volver a soñar más.

Una iglesia cansada no puede vivir sin esperanza. Cuando se dice: “nosotros esperábamos”, tal como lo dijeron estos hombres del camino a Emaús, ello equivale a reconocer la derrota. Una iglesia cansada no puede sobrevivir si ella cree que está trabajando para una causa perdida. En consecuencia, Hebreos está lleno de palabras de esperanza y de promesa para estos cansados cristianos. Anteriormente, el autor había dicho: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (4.1). Más

adelante les describe el Nuevo Pacto, el cual ha sido “establecido sobre mejores promesas” (8.6). Él llama a su pueblo a resistir, diciéndoles: “porque os es necesaria la paciencia, para que... obtengáis la promesa” (10.36). Cuando el autor describe a los héroes de fe del pasado, él recuerda que ellos fueron reconocidos por su creencia en la promesa. Abraham y Sara (11.8–11) y muchos más (11.32–33), creyeron en la promesa.

Hay muchas maneras como esta verdad se manifiesta en nuestra vida diaria. Un niño puede comenzar a contar los días que faltan para que llegue la Navidad del año que sigue, cuando apenas ha pasado un día de que se celebre ésta. Muchos de nosotros estamos dispuestos a hacer trabajos desagradables si al final vemos que hay alguna recompensa. Las horas que pasemos estudiando o adiestrándonos llegan a ser significativas si ellas nos llevan a ver realizadas nuestras ambiciones. Los años que pasemos trabajando por una causa valen la pena, si sabemos que hay una victoria al final. Los reformadores políticos, los revolucionarios, los trabajadores sociales, y muchos más reconocen esta verdad.

Un verso de un poema de Alfred Lord Tennyson cita las palabras de una enfermera de hospital en el momento en que ésta observa el desastre material que le rodea: “¿Cómo podría servir yo en las salas del hospital, si fuera mentira la esperanza del mundo?”. La fe de ella en el futuro, le daba la motivación para seguir adelante. Ella no podía creer que su trabajo no tuviera ningún propósito.

Hay una canción popular en la cual se le da vuelta a esto y lo pone en las siguientes palabras para describir la desesperanza:

Si eso es todo lo que nos espera, entonces sigamos danzando...
Si eso es todo lo que hay, declaremos la borrachera y pasémosla en grande.

Según se desprende de la literatura y de las canciones populares, la esperanza parece un bien del cual hay escasez. Vivimos con un régimen regular de noticias que arrojan dudas sobre nuestra capacidad para sustentar la vida en este planeta. Las películas y las obras de teatro a menudo reflejan la desesperanza que muchas personas experimentan.

La situación no era muy diferente en los tiempos neotestamentarios. A los cristianos gentiles de Éfeso se les recordó que antes de que ellos se hicieran cristianos, ellos estaban “sin Dios y sin esperanza...” (Efesios 2.12). La iglesia era el único lugar donde podrían hallar esperanza y optimismo que los motivara a la acción. La siguiente fue una reflexión de Pablo sobre la resurrección en 1 Corintios 15.58: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”. La resurrección le produjo esperanza a las vidas de algunos que estaban sin esperanza.

Hebreos resuena con esperanza porque la gente cansada necesita saber que su peregrinaje está orientado hacia esa meta. Es mucho lo que podemos aprender de Hebreos. Aprendemos con los lectores originales a renunciar a falsas esperanzas que a fin de cuentas son espejismos. Reafirmamos la única esperanza que nutre nuestras vidas y nos motiva a mantener la fe.

LA VIDA QUE SE EDIFICA SOBRE LA PROMESA (6.13–20)

Uno de los elementos de Hebreos que nos deja perplejos es que este libro es el único que está fascinado con la figura antiguotestamentaria de Melquisedec. Éste aparece sólo dos veces en el Antiguo Testamento (Génesis 14.17–20; Salmos 110.4). Anteriormente en Hebreos, vimos que el tema de Cristo siendo el gran sumo sacerdote, es de extrema importancia (2.17; 4.14; 5.1–10). La sola mención de Melquisedec en 5.10, llevó a que a la iglesia se le acusara de incapacidad para entender una enseña de tal nivel de madurez (5.1–6.12). El autor retoma el tema de Melquisedec y lo amplía en 7.1–10.39. ¿Por qué insistió el autor en hacerle esta singular exposición a su cansada audiencia? Aparentemente, esta enseñanza de tal nivel de madurez, era una cuestión de vida o muerte para ellos.

Recuerde que en las últimas palabras de exhortación de 5.11–6.12, se le pidió a la iglesia que no se hiciera perezosa, “sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (6.12). El remedio para la pereza es recordar las promesas de Dios que fueron dadas en el pasado. Hebreos 3.4–4.11, muestra malos ejemplos de personas fieles cuya consagración a una promesa fue una fuente de inspiración (11.9, 13, 17, 33). Melquisedec es importante porque su historia tiene que ver con una promesa que Dios hizo mucho tiempo atrás.

No hay otro que sea más digno de imitación que Abraham (6.13–17), a quien “Dios hizo la promesa”. No hay otro libro del Nuevo Testamento que enfatice la promesa tan a fondo como Hebreos lo hace. Leemos acerca del “reposo” del futuro (4.9). Leemos acerca de la ciudad celestial que nos aguarda (11.10, 16; 12.22; 13.14) y del galardón (10.35; 11.26) que se ha reservado para los fieles. El pueblo de Dios no está entregado a una causa perdida. La promesa nos despierta de nuestra pereza.

Una razón por la que muchos se desaniman es que ellos esperan una realización inmediata de todas sus esperanzas. ¡Desearíamos que nuestras esperanzas se realizaran ya! Para los que creen que la fe no consiste en otra cosa más que en victorias fáciles, la primera señal de frustración es una catástrofe.

EL HALLAZGO DE UN MODELO

Es mucho lo que aprendemos de un gran modelo de fe como el de Abraham. Se nos dice que Abraham, “habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa” (6.15). Ninguna victoria es fácil. La historia de Abraham en 6.14, se refiere a las consecuencias de uno de los períodos de prueba más críticos de la vida de Abraham (Génesis 22). Dios le había mandado a Abraham a ofrecerle el mismo hijo que Él le había prometido. El mandamiento no tenía sentido para Abraham, pero él, de buena gana, se esforzó por cumplirlo. Dios no rescató a Isaac del sacrificio, sino hasta que Abraham hubo demostrado su disposición a cumplir. Dios le volvió a hacer la promesa que se encuentra en 6.14 (Génesis 22.17).

Abraham fue un modelo de fe. Él no alcanzó la promesa, sino hasta que fue probado. La palabra griega que se traduce por “esperando con paciencia” (*makrothumeo*) es la forma verbal de la palabra “paciencia” que se encuentra en 6.12. El verbo podría traducirse por “esperó pacientemente”. Este verbo sugiere un período de

espera y prueba. La prueba precedió al momento en que él obtuvo la promesa.

La Biblia sugiere frecuentemente que la espera es parte de la vida de fe. A nadie le gusta la idea de esperar. Nos gusta tener pruebas constantes de la victoria de la fe. Al igual que un niño, queremos que se nos dé inmediata satisfacción de nuestros deseos. Pero una de las más características palabras de la Biblia es “esperar”. Los Salmos están llenos de esta exhortación a esperar. “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él” (Salmos 37.7). Aprendemos de Salmos 130.5–6, lo siguiente: “Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana...”.

Una iglesia madura necesita aprender de los modelos del pasado. Nosotros no somos los primeros en haber experimentado frustración por causa de estar a la espera del cumplimiento de las promesas de Dios. Si la espera es la parte de la vida cristiana con la que no contábamos, entonces deberíamos recordar que somos partícipes de la frustración y la espera junto con el pueblo de Dios del pasado.

Alguien dijo que todos nos encontramos en medio de un drama que comenzó hace mucho tiempo, cuando la promesa se le hizo a Abraham. A través de una serie de actos, esta promesa se nos ha hecho ahora a nosotros. Pero hay más en camino. La promesa de que hay más nos da la paciencia para esperar junto con Abraham y los demás.

POR QUÉ PODEMOS ESPERAR

Puede que no nos guste la espera. Puede que persista alguna duda sobre el futuro porque nuestras vidas no están continuamente llenas de victorias. Pero esperamos porque Dios ha garantizado el futuro. Este es el asunto del que trata el autor en 6.13–7.28, y tal como lo veremos, esta es la razón por la que él no se olvidará de Melquisedec.

En nuestras vidas hay más decepciones y promesas vacías de las que nos corresponde sufrir. Los sueños de que en el mundo haya paz se nos han hecho añicos. Las esperanzas de que se erradicará la pobreza fueron prematuras. Pero la promesa de Dios es diferente. Una extraordinaria verdad acerca de la historia de Abraham (6.13–18) es la insistencia en la absoluta confiabilidad de Dios. La historia es profusa en palabras que sugieren la certeza que acompaña a la promesa de Dios. Se nos dice, por ejemplo, que la promesa que Dios le hizo a Abraham estuvo acompañada de su solemne juramento: “... juró por sí mismo” (6.13; Génesis

22.16). El propósito de un juramento es dar confirmación (6.16). La palabra que se traduce por “confirmación” (*bebaiosis*) es un término favorito de Hebreos (3.6, 14; 6.19; 9.17), para referirse a algo que es absolutamente firme. Era la palabra que se usaba para referirse a algo que era confiable, o que tenía validez legal. El juramento de Dios servía como “garantía” suya, pues Él “interpuso juramento” (6.17). La palabra griega que se traduce por “interpuso” (*mesiteuo*) significa literalmente “actuar como garante”. Notamos también que la historia de la promesa de Dios en 6.13–20 enfatiza más de una vez la absoluta “inmutabilidad” del plan de Dios (6.17–18). Las promesas humanas pueden ser vanas, pero la de Dios es inmutable y válida.

Ahora, si nos encontramos en medio de un drama que comenzó con Abraham, necesitamos saber acerca de la validez de la promesa de Dios. Si la promesa no es confiable, no tendremos seguridad para los momentos de frustración. Pero, según Hebreos, no fue sólo por causa de Abraham que Dios garantizó su promesa. Él quiso “mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo...” (6.17). Si hemos de mantener la fe, necesitamos hacer algo confiable y firme, de lo cual podamos asirnos. Somos herederos de la promesa de Dios, y tenemos “fortísimo consuelo” en su palabra confiable (6.18).

Según 6.18, la iglesia, al igual que una banda de peregrinos que han “acudido” para asirse, necesita algo de lo cual asirse (la RSV tradujo la vívida palabra *krateo* por “agarrar”). La iglesia ha hallado esperanza en la promesa de Dios, la cual es “segura y firme ancla del alma”. Son imágenes poderosas. Las personas que han acudido para asirse, no tienen seguridad. A menos que cuente con un “ancla”, la iglesia iría a la deriva, al igual que una barca, hacia la destrucción. La imagen del ancla, la cual no se encuentra en ninguna otra parte de la Biblia, sugiere que la persecución y la frustración de la vida cristiana no pueden jamás hacer desaparecer la seguridad del cristiano. El ancla capacita al cristiano para resistir los poderes hostiles y para asirse de algo substantivo.

La gente de antaño sabía que “la esperanza es el ancla del alma”. Ella les daba seguridad. Sin embargo, la esperanza continuaba siendo un bien escaso para ellos. Las buenas nuevas de Hebreos es que esta ancla fue puesta delante de nosotros, cuando Jesús se convirtió en nuestro precursor, y en nuestro “sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Jesús nos abrió el camino y nos mostró que el futuro nos pertenece más allá

de toda duda. Al entrar en el mundo celestial, y al convertirse en un sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, Él nos dio un futuro.

Eduard Schweizer, un conocido erudito de la Biblia, comparó la obra de Cristo con una memorable experiencia que él tuvo durante su niñez en Suiza. Su padre acostumbraba andar adelante en la nieve de los Alpes, marcando pisadas para que el niño las siguiera. Él le mostraba al niño el rumbo a seguir. Cristo nos ha mostrado a nosotros el rumbo a seguir al convertirse en nuestro sumo sacerdote.

Por fin entendemos por qué el tema del sumo sacerdocio de Cristo, el cual había sido interrumpido en 5.10, es retomado con tal convicción en 7.1—10.18. No era cuestión de especulación vana. Era cuestión de vida o muerte porque la comunidad necesitaba anclar su fe durante un tiempo de frustración. Jesucristo es la garantía que nos da Dios de que tendremos un futuro. Él nos motiva a resistir la frustración del presente con el conocimiento de que nuestra causa no se ha perdido.

Al comienzo de la década de los treinta, el periodista estadounidense Lincoln Steffens visitó la antigua Unión Soviética, y a su regreso describió con entusiasmo la experiencia socialista. Esto fue lo que proclamó: “He visto el futuro y funciona”. Ni le pasaba por la mente que esas palabras fueron dichas durante el apogeo del reinado de terror de Stalin. Tal vez son promesas rotas del pasado como éstas, las que explican por qué la esperanza se ha desvanecido tanto hoy día. Se nos ha decepcionado demasiadas veces mediante vanas promesas.

La iglesia contemporánea puede aprender mucho de las palabras de Hebreos. Es en la esperanza que comenzó con Abraham, y que fue reafirmada en Jesucristo, que la iglesia encuentra los recursos que necesita para vivir.

EL ORDEN DE MELQUISEDEC (7.1–28)

El capítulo siete explica por qué tenemos una causa especial para la seguridad en tener un sumo sacerdote según el “orden de Melquisedec”. Allí se explican los dos versículos del Antiguo Testamento que mencionan a Melquisedec. Este orden sacerdotal es superior al de los que servían en el templo. El autor exclama: “¡Considerad, pues, cuán grande era éste!”. La grandeza de Jesucristo como sumo sacerdote consiste en el hecho de que Él no tiene comienzo ni final. Él “permanece sacerdote para siempre” (7.3). Los sacerdotes levíticos murieron, pero de éste “se da testimonio de que vive” (7.8). Su particular orden no depende de “la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible” (7.16). La muerte le impide al antiguo sacerdocio continuar en su puesto, pero el nuevo orden permanece para siempre (7.23–24).

Cuando leemos el capítulo siete, el argumento puede parecer difícil de entender. Pero el tema que sobresale es que el “orden de Melquisedec” es eterno (7.3, 8, 16, 23, 24). Jesucristo no llenaba los requisitos para ser sacerdote del templo (7.14), pero Él pertenece a un sacerdocio que permanece para siempre.

Lo que se desea dejar claro en este capítulo es que a la iglesia no se le ha dejado sola. Hay uno que puede salvar “perpetuamente” a los que se acercan, pues Él vive “siempre para interceder por ellos” (7.25). Una iglesia que se arraiga en un movimiento de carácter temporal, no tiene capacidad para permanecer. Pero una iglesia que se arraiga en Cristo, quien salva “perpetuamente”, está anclada en la eternidad. Esta iglesia sobrevivirá. Necesitamos reafirmar hoy día las promesas que sirven de “ancla del alma”. ■

La aplicación de la Escritura a la vida

Una tragedia

¡Cuán terrible es sentir uno que no es amado! Sin embargo, una tragedia más terrible que el no ser amado es la de dejar de amar. Si el hombre a quien nadie ama es pobre, el hombre que a nadie ama es más pobre todavía.

El amor de una madre

Hace algunos años el dulce ángel del alivio le llegó a un afligido chico de Tennessee. Ese chico había sufrido en gran manera durante cinco años, y había tenido que ser cuidado continuamente, especialmente por su madre. Algunas veces ella se

sentaba y lo tendría en sus brazos durante toda la noche. Por lo tanto, cuando la muerte llegó, algunos comentaron: “No hay duda de que su madre se afligirá, pero ¡qué gran alivio!”. Pero esto fue lo que ella le dijo a su ministro: “Mi pequeño niño se ha ido, no hay nada más que yo pueda hacer por él”. Ella había llevado un pesado yugo, pero fue fácil porque lo llevó impulsada por un gran motivo.

La apariencia externa

Un antiguo dicho nos recuerda: “No puedes purificar el agua del pozo pintando la bomba”.